

Vaya por delante un ejemplo de mal decir, esto es, de hablar o escribir a lo gabacho, ¡librenos Dios de tales inclinaciones!

«...y sus ojos, súbitamente huraños, *testimoniaban* lo lejos que hallábase de allí su pensamiento». G. de Gaspar. *El fuerte de los vencidos*, (Barcelona, 1953) pág. 230.

El mal sabor de boca que dejan estas incorrecciones, se quitará con los siguientes paradigmas de bien decir:

«...ellas son (determinadas virtudes)... las que atestiguan que estamos bajo su cuidado»... José Antañón, trad. de *Tratado del alma*, de Luis Vives.

«El honor se contenta, pues, con atestiguar que este sujeto—el hombre de honor—no constituye excepción, en tanto que la gloria afirma que es una de ellas». Antonio Zozaya, trad. de *Panerga y Paralipomena*, de Schopenhauer.

«Leyóse primero el acta de abdicación de la Reina y los Lores Sindray y Ruthuven atestiguaron y juraron con la mayor impudencia que la abdicación había sido firmada ante ellos libre y voluntariamente» P. Luis Coloma. *La reina mártir*.

«...en señales misteriosas y ecos profundos (falseados por algunos, por todos atestiguados) la entrada en un nuevo período y camino de la vida». Julián Sanz del Río: *Discurso pronunciado en la Universidad Central*...

«...a no ser en haber atestiguado que puede el hombre llegar a ser limpio de corazón». P. Victoriano Capanaga, trad. de *la naturaleza y de la gracia*, de San Agustín.

«Las expresiones múltiples que acabáis de emplear para con la personalidad, atestiguan involuntariamente su impotencia radical»... Antonio Zozaya, trad. de *Catecismo positivista*, de A. Comte.

«¿De qué modo es manifestada sin la ley, si por la ley es atestiguada?» P. Andrés Centeno, trad. de *la gracia de Jesucristo y del pecado original*, de San Agustín.

Se me podrá argüir que *testimoniar* viene de testimonio y no del *temoigner* francés y que emplearon tal verbo algunos autores del siglo XVII. Sin embargo, el Diccionario de Autoridades lo consideraba de poco uso y mejor será que optemos por las palabras que troqueladas en buena turquesa castellana, son además de rico abolengo literario.

Testimoniar es un verbo

de la patria de Molière.

Atestiguar es castizo

de la cabeza a los pies.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

¡Escucha

Molinera!

Molinera, la del soto,
la repulida y honesta,
la que se lava en regatos
y en el remanso se peina
con un peine de canciones
que entre la espuma se queda...

Nácares te pone el alba
sobre tu piel de azucena
y el sol fuego en tus mejillas
que, reverente, las besa...

Molinera, la del soto,
no dejes la puerta abierta
en las noches bochornosas
cuando la luna, discreta,
se oculta tras blancas nubes
y por ocaso se ausenta,
que hay un lucero galán
que entre las sombras te espera
para decirte engañoso
ilusiones con que sueñas.

¡Y, luego, sentirás, muy hondo,
del desengaño la pena..!

Molinera, la del soto,
no dejes ventana abierta...

Que andan lobos de la noche
 rondando mozas despiertas
 para devorar sus sueños
 babeando su pureza.

Cierra puertas y ventanas
 y abre la blanca azotea
 donde nunca pueda el lobo
 turbar tu vida serena...

Molinera, la del soto,
 no dejes la puerta abierta...
 Y escucha sólo el cantar
 del paisaje. Donde reina
 la gracia que Dios ha puesto
 en todas sus cosas bellas.

¡Escucha! Que todos cantan
 y están diciendo finezas
 a la mocita del soto
 que es su musa y su presea.

¡Escucha! Que hasta los vientos
 te están dedicando endechas.
 Y el molino, trovador,
 —con tolva de trigo llena—,
 sigue cantando blancuras
 con la harina que voltea
 y a ti te ofrece, temblando,
 sus estrofas de poeta.

Encajes de espuma saltan
 por la granítica rueda
 que el caz le puso fluyente
 agua para que moliera
 del arroyo cantarino
 que viene desde la sierra

y te finge, entre mimbrales,
 espejos en que te veas...

Molinera, la del soto,
 escucha alegre y contenta
 a ese ruiseñor bravío
 que, desde la zarzalera,
 desgrana su sonatina
 como un rosario de perlas.

Y a ese mirlo silbador
 que escondido en la alameda
 da suelta a sus sentimientos
 siendo para ti su ofrenda.

No escuches a ruiseñores
 de almidonada pechera
 que no buscan tu cariño
 sino tu cuerpo de seda.

Y convertirán tu vida,
 —si a tal lograr ellos llegan—,
 en un infinito duelo
 y en una eterna tragedia ..

Molinera, la del soto,
 no dejes la puerta abierta...
 ¡Que andan lobos y galanes
 esperando que te duermas..!

AMENOFIS